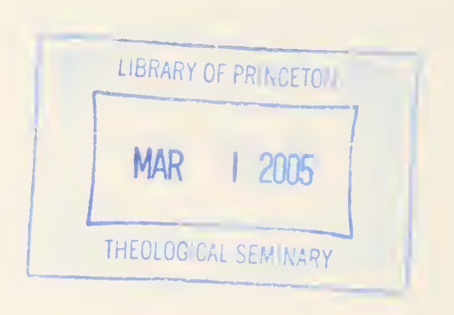




VENEZUELA MISIONERA

Bella y numerosísima Primera Comunión efectuada con la mayor solemnidad en Tucupita el año pasado, y preparada por los PP. Capuchinos.

ENERO 1956 — No. 204



REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
Con aprobación eclesiástica y de la Orden
DIRECCION Y ADMINISTRACION
PP. Capuchinos. Las Mercedes.
Apartado 261.—Teléfono 83.562.
Precio del ejemplar Bs. 1. — Extranjero: Bs. 1,15

Año XVIII — Caracas, Venezuela — Enero de 1956 — Nº 204

17 AÑOS DE LABOR MISIONAL E INDIGENISTA

"VENEZUELA MISIONERA" ha cumplido ya sus 17 años cabales; y durante ese largo período no ha dejado de aparecer regularmente todos los meses, siempre afanosa y decidida por hacer algo de labor misional e indigenista. . . ¿Lo habremos conseguido? Nuestros asiduos y pacientes lectores tienen la palabra. En todo caso, nadie podrá negar nuestros constantes y generosos esfuerzos y nuestra buena voluntad por obtenerlo.

Todos los que han trajinado algún tiempo por los caminos del periodismo diario o mensual, saben perfectamente las muchas piedrecitas y aun bloques roqueños que se encuentran al paso y con demasiada frecuencia, especialmente cuando los recursos pecuniarios no son abundantes; es necesario entonces contar con una buena dosis de tesón y constancia para no desfallecer y abandonar la empresa comenzada.

Hasta ahora, gracias a Dios, hemos podido superar todos los obstáculos que se nos han presentado en los 17 años transcurridos; y esperamos que sucederá lo mismo en adelante con la poderosa ayuda de lo Alto y la cooperación generosa de nuestros estimados suscriptores, anunciadores y demás amigos de las Misiones.

Que nuestra Revista ha contribuído al bien de las Misiones Venezolanas con la publicidad y propaganda que ha realizado en más de tres lustros consecutivos, creo que nadie nos lo podrá negar; como tampoco juzgo se nos discutirá nuestra contribución al fomento de los estudios indigenistas.

Los numerosos artículos que frecuentemente aparecen en "VENEZUELA MISIONERA" sobre esa interesante materia, tienen un valor indiscutible, ya que sus autores, en su mayoría, son Misioneros que viven permanentemente con el indio durante años y más años, y aun la vida entera, lo cual les ofrece la magnífica oportunidad, que nadie posee como ellos, de adentrarse hondamente en el alma indígena para conocerla en todas sus facetas y arrancarle sus secretos, secretos que no se revelan fácilmente a los visitantes y transeuntes. Esta larga e íntima convivencia del Misionero con el aborigen,

es la que proporciona al primero un valor inestimable en sus observaciones y estudios.

Quizá podrá objetarse que éstos no siempre están redactados de conformidad con la técnica moderna. Puede ser esto verdad, pero no pierden por ello su valor. El carácter popular, más bien que científico, que ha ostentado siempre nuestra modesta publicación ha impedido que nos sometamos rigurosamente al tecnicismo moderno, tanto en la extensión de los artículos como en el uso de las fórmulas científicas.

Aprovechamos la buena oportunidad de conmemorar el décimo séptimo aniversario de la fundación de "VENEZUELA MISIONERA" para dar las más expresivas gracias a todos los que de una manera u otra nos han ayudado a sostenerla hasta el presente.

Fr. CAYETANO DE CARROCERA, O.F.M. Cap.

LOS NUEVOS VICARIOS APOSTOLICOS

Ya en prensa la presente edición de "Venezuela Misionera", nos llega la grata noticia por tanto tiempo esperada, del nombramiento de los nuevos Vicarios Apostólicos de Machiques y de Tucupita.

Su Santidad Pio XII ha designado Vicario Apostólico de Machiques —Misión de Guajira-Perijá— y Obispo Titular de Doliche al Padre Saturnino de Villaverde, quien lleva en la expresada Misión seis años y últimamente desempeñaba el importante cargo de Administrador Apostólico de la misma. Tiene 52 años de edad y en adelante se llamará Miguel Aurrecoechea Palacio, su nombre civil.

En la misma fecha es nombrado Vicario Apostólico de Tucupita y Obispo Titular de Coropissus, el Padre Alvaro de Espinosa, de 51 años, misionero del Caroní desde 1931 y actualmente Superior de la Residencia-Parroquia de Tucupita. El Padre Espinosa será conocido desde ahora por el nombre de pila, o sea Argimiro Garcia Rodríguez.

En otra oportunidad nos será grato dar más amplias noticias de los nuevos Vicarios Apostólicos; mientras tanto enviámosles nuestras felicitaciones sinceras y fraternales.

P. Saturnino de Villaverde



P. Alvaro de Espinosa

ORIENTACION MISIONAL E INDIGENISTA

El problema indígena hay que meterlo por los ojos

Nuestros indios venezolanos no viven, por lo general, cerca de nuestras ciudades ni vienen a ellas si no son traídos de la mano. Las leyes nacionales limitan estas traídas, que sólo deben hacerse "por breve tiempo" y "para estimular en ellos el amor a la vida civilizada". Los venezolanos ricos se van al extranjero, visitan Norteamérica y Europa, pero desconocen las regiones periféricas del territorio nacional, donde viven nuestros indios.

La consecuencia de todo esto es que los indios son conocidos sólo de oídas; y así resulta imposible que el pueblo venezolano haga suyo el problema o, por mejor decir, los múltiples problemas de nuestros indios. Ojos que no ven, corazón que no siente.

He ahí por qué los misioneros e indigenistas, si queremos que la Obra Nacional de las Misiones (agregación de los indios a nuestra lengua, religión y organización política) se convierta en Obra Popular, tenemos que buscar las maneras de meterles a nuestros conciudadanos los indios por los ojos.

Fomentar el turismo hacia las zonas indígenas puede ser algún remedio, aunque en muy pequeña escala porque siempre serán pocos los que pueden y quieran hacerlo. Lo extranjero, por el sólo hecho de serlo, siempre aparecerá más atractivo. Y tenemos que convenir en que nuestras zonas indígenas, aun las más interesantes, carecen de comodidades, cosa que también busca el turista. Ya se ha dicho: gusta ver la nieve desde una habitación con estufa.

Películas, como las que hicieron el Ministerio de Fomento, los PP. Alvaro de Espinosa y Baltasar de Matallana y la que hizo el Bazar Americano con la nevera "Servel", hicieron gran bien en este aspecto. Sabemos que el P. Alvaro (en nombre de la antigua y nueva Misión del Caroní) prepara otra película más, no sabemos si dramática o documental. Esperamos que ha de ser un fogonazo más en los ojos distraídos de muchos venezolanos.

No hemos olvidado lo que aprendimos de niños; más bien se nos ha ido afianzando y arraigando. Entre estas cosas está la sentencia de que la geografía y la historia son los dos grandes ojos del conocimiento humano, que perciben esas dos importantísimas circunstancias de todos los sucesos: el tiempo y el espacio.

De ahí nuestra insistencia en procurar que el problema indígena venezolano se hiciera llegar a científicos y no científicos con la confección y divulgación de mapas etnográficos y misionales. Cuando el año 1944 fundábamos el 19 de abril (día del Indio) en la Sociedad de Ciencias Naturales "La Salle" la sección de Antropología, que orientábamos preferentemente hacia la antropología viva de nuestros indios, nos señalamos como tarea fundamental hacer un mapa etnológico, que repartiríamos por todas las escuelas del País. En el Zulia, pasando de los proyectos a la realidad, hicimos o hicieron bajo nuestra dirección un enorme mapa etnográfico para el museo etnológico del Estado. Al celebrarse las bodas de oro de la fundación del Caroní (que era celebrar el resurgir de las Misiones Patrias) propusimos por carta al Director Nacional

de las Obras Misionales Pontificias la edición de un mapa como el mejor obsequio, la mejor alabanza y la mayor propaganda, que podrían hacernos. Quedó en que hablaríamos del asunto; pero no hablamos y no se hizo.

De eso no se ha hecho casi nada. Y, como lo creemos muy importante, aprovechamos la ocasión para volver sobre la idea y ofrecerla a las Sociedades Científicas y sobre todo a los Directores de las Misiones, al Director de las Obras Misionales Pontificias y a la Comisión Indigenista.

El mapa tiene sobre la película la ventaja de la permanencia. Un mapa colgado de la pared de las aulas, del despacho o de la sala de visita es una lección permanente, que cala muy hondo en los ojos, en la memoria y en el corazón. Y esto es lo que se necesita para que la abnegación y consagración de los misioneros a resolver el problema de nuestros indios corran parejas con el entusiasmo de todo nuestro Pueblo y así poder liquidar un problema y borrón nacional en pocos lustros, en vez de siglos.

El mapa mural, avivado como ahora suele hacerse con muñequitos y escenas alusivas, tiene un poder informativo y emotivo inponderable. No pudiendo plegarse ni meterse en un anaquel como los atlas y tantos libros de nuestras bibliotecas, de los cuales no conocemos más que el lomo, el mapa mural está siempre dándonos lecciones e impresionándonos hasta cuando lo estamos mirando distraídos, en una espera o en un rato de ocio.

Y así terminamos nuestra lección de hoy asentando como tesis que la mejor propaganda del problema indígena venezolano puede y debe hacerse con mucha economía y con mucho éxito a base de mapas murales. Así meteremos a nuestros conciudadanos los indios por los ojos.

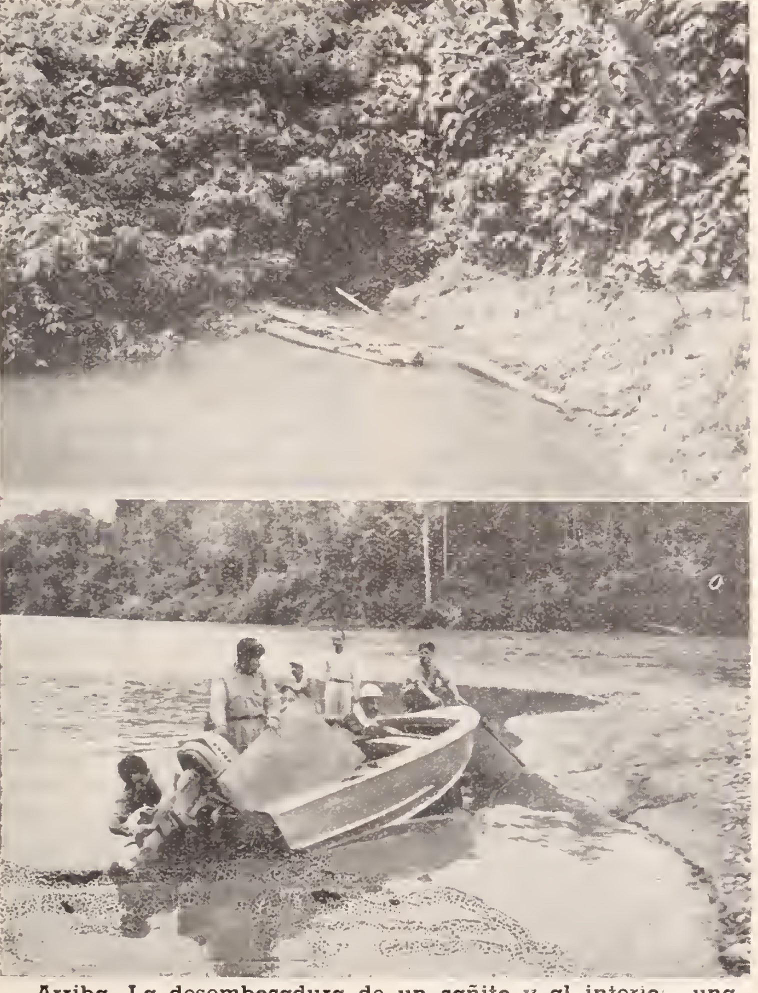
Frailejón del Páramo



EXPEDICION A LOS MOTILONES

SEXTA JORNADA

Por más recomendaciones que dimos a los lancheros, son las ocho y no han hecho acto de presencia. Y cuando llegan, es para que les acompañe al campo colombiano a solicitar gasolina de repuesto. Se muestra de lo más gentil el encargado del campo y nos regala cuanto le pedimos. Son las diez cuando se ponen las dos lanchas en marcha. Son las mismas que nos trajeron de Casigua: "La Esperanza" y "El Diablo Rojo". A nuestros dos pilotos se han unido dos jóvenes colombianos cuya utilidad veremos muy pronto.



Arriba. La desembocadura de un cañito y al interior una balsa de indios amarrada a un árbol. Abajo. "La esperanza" y nuestros acompañantes hacia la parte alta de Río de Oro. Se ve al piloto cambiando el pasador de la hélice.

La velocidad que llevan nuestras lanchas no es muy propicia para enfilarlas con una flecha. En un descuido de nuestro lanchero, se rompe la hélice de "La Esperanza", en que vamos nosotros, y con la mayor presteza corre en su ayuda "El Diablo Rojo". La toma del cabestro y la lleva hasta un punto estratégico, donde quedamos a 50 mts. de la orilla. Los pasos difíciles se repiten. El agua se explaya y es mínima la profundidad. Primero intentan remontar con poca velocidad, luego es preciso saltar al agua y remolcar a hombro la lancha. Hasta cuatro veces se repite en la subida este penoso cabestreo. Una de las veces es preciso subir primero una de las lanchas 100 mts. y volver luego por la otra. Son los momentos en que veo más nerviosos a los lancheros y los acompañantes.

Ni qué decir tiene que nuestros ojos van clavados continuamente en la ribera, tratando de descubrir el menor movimiento de ser viviente, la menor huella o sendero. Dos horas llevamos de marcha cuando el capitán de "El Diablo Rojo" nos hace señas hacia la margen derecha. Veo la desembocadura de un cañito en el río y 10 mts. al interior una balsa de indios amarrada a un árbol. Tiene como 10 mts. de largo por 1 mt. de ancho. No nos detenemos con la esperanza de hallarlas a montones, según nos han asegurado los mismos lancheros. Además, que nuestros pilotos, al ver algún indicio de proximidad de indios, dan al motor la máxima velocidad, con el fin de ganar lo perdido en la cercanía. Pronto descubrimos otra balsa en la propia margen del río: ésta es nueva y parece amarrada de poco tiempo. Tampoco nos acercamos, pensando en las manadas de balsas de que nos han hablado.

Dejamos atrás el Río Tomás, afluente de Río de Oro. Muy cerca de él se ve la selva talada de hace algunos años. Nos indican, que allí acamparon las fuerzas armadas y los técnicos cuando la demarcación de límites con Colombia. "Entonces sí que se vieron indios. Hasta cuarenta arcos recogimos en una sola noche". Otro afluente principal, que se le une por la margen izquierda, lo llaman Orinoco.

Es la 1 y llevamos tres horas de carrera vertiginosa, cuando nuestros lancheros muestran deseos de suspender la subida. ¿Y los grupos de lanchas? ¿Y los motilones, dónde están? Al fin se reaniman y caminamos otra hora larga. Cada vez el agua es más superficial y es preciso mayor técnica en el manejo del motor y de la hélice. A pesar de todas las precauciones deben componer los motores y sobre todo el pasador de la hélice como cuatro veces.

Saltamos a tierra en una playa, mientras ceban los motores. Hay en la orilla de la selva algunos plátanos frondosos y una que otra mata de ocumo. Las hojas del ocumo tienen un metro cuadrado. Tratamos de acercarnos a los plátanos, pero la maleza nos lo impide. Me habia separado unos metros del P. Saturnino, cuando un súbito ruido entre la maleza, me hace dar un salto y retroceder. O indio o animal, me digo. Las dos cosas podían ser peligrosas en un encuentro tan imprevisto. Al fin me subí a un palo seco para ojear mejor el matorral de plátanos y el punto donde se movió la maleza. Descubro una especie de oso blanco y lanudo que se mueve lentamente entre extrañado y receloso.

A las dos en punto llegamos a la confluencia del Motilón con Río de Oro. Saltamos a tierra y recorremos la isla que deja el Motilón al dividirse en su desembocadura. En contra de todas las previsiones no hallamos el menor indicio de los indios. Ciertamente se conservan matas de plátano aquí y allá y en la márgen izquierda, precisamente en la confluencia de los dos ríos, se ve todo un platanal viejo, con muestras de estar abandonado. La maleza está tan exuberante que ahoga las matas, de modo que no se ve un sólo racimo de plátano.

También aquí me introduzco, un tanto contagiado por el miedo cerval de los lancheros, y recorro unos 50 mt. a pesar de la enorme dificultad de la maleza enredada. No descubro sendero ni huella de los indios.

Después de mucho forzar al "Diablo Rojo" me introduce por Río de Oro. El Motilón no tiene cauce para las lanchas. Pero a los 200 mt. vira el motor y retrocede precipitadamente. Es ya demasiado haberse expuesto tanto y haber subido hasta el Motilón. No cabe duda que nuestros lancheros han forzado en el día de hoy su hombría. Nunca se lo habían imaginado, pues con ser los más expertos de la región y tener dos lanchas inmejorables, nunca habían pasado de la mitad del camino recorrido.

El regreso fue algo muy precipitado. En poco más de dos horas desanduvimos los 100 km., que a la subida nos costaron cuatro. No hubo necesidad de remolcar ni una sola vez las lanchas. Aunque los indios tratasen de hacer una emboscada creo que apenas tendrían tiempo de alistar sus flechas. El Diablo Rojo particularmente "no corría que volaba". Para él no había ni playas. Los botes que pegaba eran como para deshacer la lancha, pero todo se redujo a cambiar dos veces el pasador de la hélice. La Esperanza venía a la zaga y a mucho condescender se detuvo en el punto donde dejamos las lanchas de los indios a la subida, para algunas fotos.

Debido al exceso de velocidad no me fue posible ver una escalera que los indios tenían para subir del río. Cuando quise mirar, ya estábamos a medio kilómetro de distancia. El P. Saturnino sí la descubrió a tiempo. Constaba de dos palos verticales y otros varios horizontales en forma de peldaños.

A las 4,30 estábamos en nuestro campamento de Río de Oro.

Copio del diario de la expedición. "Cae un poco duro tanto esfuerzo y tan poco rendimiento. Ni un rancho, ni un sólo indio. Y hace nueves días que andamos por sus dominios. Hoy caminamos en lancha 100 Km. y llegamos a donde no ha llegado ser civilizado... Una vez más vemos lo que son los cuentos a distancia. Que se ven muchas lanchas, que los indios andan en grupos pescando, que sus platanales, que sus senderos... Todo ello exprimido y sustanciado queda en dos lanchas y media; ni un solo indio; un sin número de plantas de plátano perdidas en todas las orillas; tres platanales con señales de abandono; media docena de matas de ocumo y una que otra de ñame. Mas una escalerilla para subir del río y una infinidad de si son o no son senderos para acercarse al río. Ni una huella, ni una flecha, ni un rancho, ni un motilón...

"Comienza el desaliento. La hora de Dios solamente El la sabe. Seguiremos sin regatear medio humano alguno. Una jornada como ésta, tan esperada y tan intensamente vivida no es para escrita de un tirón al caer la tarde, en medio del cansancio natural y el embotellamiento de cabeza producido por el sol y el trepidar de los motores y la contrariedad".

"Son horas de tensión en la retina, que todo lo quiere ver y escudriñar, sacando motivo de alivio y sosiego hasta de donde no lo hay. Cuando el capitán del Diablo Rojo se levantaba y alargaba su brazo, indicando algo digno de observación en la ribera, me estremecía de pies a cabeza y, con el solo pensamiento de hallar lo buscado, me consolaba. A la subida me erguía en proa "para que me viesen", sin querer darme cuenta del peligro de servir de blanco. Luego, me pareció imprudente seguir en aquella postura y coloqué varios guayucos rojos sobre proa y otro sobre mi hombro. Me canso de mirar y escudriñar las márgenes...

"Dos cordilleras siguen a uno y otro lado del río, primero en forma de garganta, con grandes desfiladeros, después más distanciadas, dejando una amplia

llanura perfectamente cultivable. Para consolarnos, pensamos que los indios tendrán sus siembras y bohíos al interior de la gran llanura y allí vivirán tranquilos, libres de las sorpresas propias de las riberas de los ríos..."

Termina tan intensa jornada con una anécdota muy propia de la expedición. Empezamos a conciliar el sueño, cuando el Chibio me sacude violentamente la hamaca. Me dice: "Dobokubí, o sea motilón, suena pote". Efectivamente, con pequeños intervalos se oyen unos golpecitos de lata que nos ponen en vilo. Después de pasar quince minutos de zozobra, escuchando el tin tin de la lata, localizamos al campanero. Se trata de un gatito abandonado al marchar la Compañía y que de noche viene a lamer los potes de conservas que arrojamos a 50 mts. del campamento.

Los Angeles del Tukuku
Mayo 1955.

Fr. Juan Evangelista de Reyero
Misionero Capuchino

INAUGURACION DEL NUEVO TEMPLO E INTERNADOS DEL CENTRO MISIONAL "LOS ANGELES DEL TUKUKU"

Durante los días 2 y 3 del corriente mes de enero se celebraron grandes fiestas en la Misión del TUKUKU con motivo de la bendición e inauguración de la nueva y bella Iglesia junto con los amplios edificios dedicados a Internado de niños y niñas indígenas.

Las obras de la Iglesia, después de reunidos los materiales necesarios, se habían comenzado en el mes de mayo último. La Casa de las Hermanas Misioneras y la de los Padres Capuchinos, con los Internados adyacentes se construyeron en estos últimos años, con incontables sacrificios y penalidades, en aquel lugar solitario y en plena selva perijanera...

Por eso los PP. Capuchinos y Hermanas de la Caridad de Santa Ana, Misioneros del Tukuku, contemplan hoy alegres y satisfechos el feliz coronamiento de una obra que ha costado tantos trabajos y que ha pasado por tantas vicisitudes en los diez años que lleva de existencia.

Como se recordará, el Centro Misional de "Los Angeles del Tukuku" tuvo principio el dos de octubre de 1945, festividad de los Angeles Custodios, y esa fue la razón de darle esa denominación.

Al principio se levantaron unos humildes ranchos de paja al estilo indio en las márgenes del río Tukuku; en ellos vivieron los Misioneros expuestos a toda clase de peligros, especialmente a los flechamientos de los indios bravos; durante esos dos lustros transcurridos fueron flechados dos misioneros junto con otros criollos.

Hoy, gracias a Dios, la Misión del Tukuku se halla ya consolidada, con sus magníficos y espaciosos edificios, que comprenden una rectángulo de 80 x 64 metros, donde se educan física y moralmente 84 niños y niñas indígenas.

En la próxima edición de nuestra Revista daremos una más amplia y minuciosa relación, bien ilustrada, de este Centro Misional y de sus inauguraciones, ya que en este número no contamos con espacio para ello.

DURA Y ARDUA ES LA LABOR DEL MISIONERO

Solamente el Misionero, que vive en contacto íntimo días, meses y años con los indígenas, puede conocer a fondo lo dura y ardua que es la vida misionera. Los demás, los que viven cómodamente en villas y ciudades, los que no han tenido ese contacto con el indio, jamás llegarán a comprender los sacrificios que supone el reducir y civilizar cristianamente a seres primitivos e ignorantes, cargados de prejuicios y supersticiones tradicionales y centenarias.

Estas cuartillas fueron escritas con ocasión del **Día de las Misiones** pasado; los Misioneros de primera línea recordábamos con ese motivo los innumerables sacrificios y las oraciones sin cuento que en esa fecha memorable se elevarían de uno a otro polo al gran Padre de familias a favor de las Misiones y de los que consumimos la vida en la magna empresa de convertir al mundo pagano. Nuestro reconocimiento y gratitud para con todos los que oran y se sacrifican por las Misiones, ha sido y es siempre muy grande y sincero.

Ante el bello y consolador espectáculo del mundo creyente orando al Padre, que lo es de todos, por los millones de infieles que no conocen a Dios; al considerar los muchos sacrificios ofrecidos como holocausto por el mejoramiento espiritual y cultural de estos indígenas con los que me rozo todos los días, y bajo el peso de tantas limosnas hechas en su favor y muchas veces robadas a las necesidades propias o familiares; al considerar al mismo tiempo la indiferencia y pasividad de los mismos indios para todo lo bueno, y más aún la repulsión que sienten hacia lo virtuoso y supraterreno... pienso y medito y no encuentro palabras ni razones para explicarme todo esto; es algo incomprensible...

Es necesaria la intimidad del Misionero con el indio para formarse una idea clara de lo laborioso e intrincado que resulta el problema de conquistarlo para Dios y para la civilización. No sin alguna razón se habló antiguamente en academias y universidades acerca de si algunos indígenas primitivos poseían alma racional. De hecho basta convivir algún tiempo con ellos para llegar a la conclusión de que, efectivamente, lo único importante que estiman y aprecian es lo material y sensible, la comida y el vestido.

Para conseguir ese objetivo puramente materialista harán jornadas y más jornadas, atravesando cerros y valles vadeando ríos caudalosos... pero para cumplir con sus deberes religiosos, oír la Santa Misa, recibir los Sacramentos o instruírse debidamente, bastará cualquier inconveniente o nonada, una pequeña distancia... para excusarse. Quienes crean a pies juntillas en Kanaimas y Piaches —autores de todo mal los primeros y famosos curanderos los segundos— es tarea muy fácil encontrarlos; pero para dar con verdaderos creyentes en Dios, se hace indispensable la linterna de Diógenes.

No encuentran mayor dificultad para llenar las obligaciones que no traen consigo grandes compromisos, según su modo de pensar. Así no son nada reacios para traer sus hijos a bautizar, y teniendo en cuenta que en esa ocasión siempre se viste a los niños en casa de las Hermanas Misioneras, convendrían en bautizarlos cuantas veces se hallan sin vestido. Tampoco la Confirmación les retrae, ya que nada cuesta presentar los muchachitos cuando llega Monseñor, y por eso los hay hasta dos y tres veces confirmados. Ahora que los mayores no confirmados se lleguen a este Sacramento ya es cosa distinta. En este caso se dicen: ¿Para qué lo necesitamos?

Los lectores de "Venezuela Misionera" saben que nuestros Centros Misionales sostienen Internados. Con frecuencia el Internado Femenino, que laudablemente dirigen las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón, es el aliciente mayor para la asistencia de ellos a la iglesia; van a Misa y demás funciones religiosas, porque hay allí algo más que ver que a Dios en su Sagrario y a las imágenes en sus altares. Después de todo no cuesta tanto ir algunas veces a cambio de poder contemplar a unas niñas educadas, que saben leer y escribir, coser y planchar, hacer labores de casa, y esto sólo se encuentra en las del Internado, ante las cuales también desean aparecer. Si algún día se sigue el matrimonio, ya se desquitarán; las veces de más que llegaron como palomos al templo, valdrán por las muchas que falten en lo futuro.

Esto que es verdadero con respecto a los que viven extramuros de la Misión, vale lo mismo con relación a los que, de ambos sexos, se cobijan en su interior. "Ya hemos comulgado bastante, se les oye decir; ya confesamos en el Internado, Padrecito; Misas oímos una barbaridad; vivamos ahora en la selva y para la selva".

Del matrimonio habría que decir algunas o muchas cosas; las más de las veces se reduce a un juego concertado entre viejos y viejas, en el cual resultan vendidas las hijas. Así son frecuentes los matrimonios o uniones concubinarias entre niñas de catorce a veinte años y hombres ancianos o de avanzada edad.

Frente a estas consideraciones, los de retaguardia tienen motivos para pensar que no todo es luz y color para los Misioneros de las avanzadas. Y que si el Evangelio y la civilización progresan poco, no es siempre porque ellos se duerman o pierdan el tiempo en juegos de naipes.

Las dificultades para el avance son numerosas. Pero nos mantiene en la lucha el pensamiento de que no estamos solos y de que la retaguardia ora y se sacrifica a nuestro favor. Y después de todo pensamos que si estas primeras almas, al convertirse después de siglos de paganismo, son reacias a la fe y a la devoción, vendrán luego otras a las que costará menos el sacrificio de hacerse cristianas.

Euntes ibant et flebant mittentes semina sua, dice el Salmista. Tal vez se nos pudieran aplicar a nosotros estas palabras, ya que caminamos ahora por estas selvas perdidas e intrincadas, derramando la semilla evangélica entre sudores y sacrificios, a fin de agregar nuevas ovejas al redil del Buen Pastor. Pero estamos seguros de que vendrán otros después de nosotros que cosecharán a manos llenas lo que nosotros sembramos hoy con tantos trabajos: **Venientes autem venient con exultatione portantes manipulos suos**...

Fr. Deogracias de La Puebla,
Mis. Cap.
Kavanayén, 24 - 10 - 55.



ENTRE EL YASA Y EL TUKUKU

PERIPECIAS DE UN VIAJE

Llegué a esta misión de Los Angeles por primera vez el día 26 de agosto. Pasé aquí unos días después de mi presentación al Superior regular y eclesiástico del Vicariato, cumpliendo el primer requisito de todo nuevo misionero, según los Estatutos. Había ya puesto con honda emoción mis pies por primera vez en nuestro territorio misional el día de San Bartolomé, patrono de Sinamaica, donde en compañía de los jóvenes y entusiastas misioneros de La Guajira pude celebrar su fiesta. Después de mi brevísima estancia en La Guajira y de mi presentación al Superior, regresé a Machiques en calidad de disponible, hasta que se me comunicó mi destino y por segunda vez hice mi entrada en la región del Tucuco o **Tuku,** como dicen los **yukpa,** o **Tukuku,** como canta la paloma torcaz de estas regiones y han escrito muchos. Aunque de nombres no se puede disputar, porque todo ello se va en gustos, a mí me gusta más **Tucuco,** porque es más castellano y más venezolano, según informes recogidos de los civilizados que habitan en estos contornos. Cuando escriba en lengua **yukpa** escribiré Tuku o Tukuku.

De mi segunda entrada, primera como misionero de este centro misional, ya están informados los lectores de "Venezuela Misionera". Mi estancia terminó esta vez con una condecoración misional al estilo de las que tanto vanagloriaban a S. Pablo.

Repuesto de mi primer percance obligado a permanecer en Machiques más de lo previsto ante la imposibilidad de transitar por los caminos que llevan a la misión, por fin me decidí a aprovechar un intento de entrar con una camioneta y llevar algunos de los artículos más necesarios para el sostenimiento del Centro. Mirando también por mí, sobre unas 20 latas de manteca coloqué un cajón de libros, casi todos referentes a mis preferidos estudios de la Biblia. Es conveniente que se enteren de esto nuestros hermanos protestantes de Machiques, para que se convenzan de que también para el misionero católico la Biblia es el principal alimento intelectual como lo ha sido siempre para todos los verdaderos hijos de la Iglesia católica. Estamos en la víspera de la festividad de Cristo Rey. Salimos a las doce y media del mediodía. Viajan con nosotros dos indiecitas de la misión que vuelven después de haber pasado una temporada en el Hospital de Chiquinquirá de Maracaibo. A la una menos cuarto llegamos al río Yasa después de haber recorrido exactamente 23 kilómetros con 600 metros. Pudimos pasar el río. Su caudal de aguas ha descendido notablemente desde el día anterior. Seguimos el camino que conduce a la matera de Gil Blas. En 35 minutos hemos recorrido 8 kilómetros más. Continuamos avanzando entre barrizales. Nos desviamos del camino trillado en busca de un paso mejor y por dos veces quedó atollada en el barro nuestra camioneta o "pegada" como dicen por aquí; pero la segunda vez con tan mala suerte que no la pudimos mover por más esfuerzos que hicimos. Son las 2 de la tarde y apenas hemos podido recorrer 6 kilómetros más. Al poco rato un obrero colombiano que trabaja en nuestra Misión pasa por allí de regreso con una mula, la que me puso la primera condecoración misionera, y un caballo. Había salido a Machiques en mi busca. Con gusto hubiera montado en uno de los animales para regresar cuanto antes a mi puesto misional, pero no me decidí a ello por no dejar abandonadas a aquellas dos indiecitas que venían confiadas a mi cuidado. Despedí muy agradecido al colombiano, con el encargo de que si amenazaba lluvia trajese de la misión alguna lona

para defender la mercancía que llevábamos, preocupado especialmente por mis libros. Nos encontrábamos a unos 2 kilómetros del primer paso del río Tucuco. Llegó al cabo de un par de horas una camioneta de la matera llamada "La Cordillera". Hasta las diez y media de la noche nos estuvieron ayudando a despegar la nuestra; pero todos los intentos resultaron fallidos. Mientras tanto estábamos sin comer y desde la puesta del sol nos estaban cenando la sangre los mosquitos sin poder dar abasto para aplastarlos sobre todas las partes vulnerables de nuestro cuerpo. Al fin también la camioneta del señor Domingo, dueño de "La Cordillera", sufre una avería. Se rompe la correa del refrigerador. El dueño de nuestra camioneta, con el chofer, deciden irse a la próxima matera llamada "Panamá". La camioneta del señor Domingo decide hacer un esfuerzo para seguir hasta Machiques. Ante la certeza de tener que resignarme a pasar la fiesta de Cristo Rey sin poder decir misa en alguna matera y con la preocupación de las indiecitas en caso de seguir adelante, me decido también a volver de nuevo a Machiques. Cubierta la camioneta con una lona que nos prestaron, decidimos abandonarla con toda la mercancía hasta el día siguiente.

Yo me siento con hambre y devorado por la sed. La camioneta del señor Domingo, en la que penosamente emprendemos nuestro viaje de regreso, tiene que pararse casi en cada charco para cambiar el agua del refrigerador, que se va calentando hasta hervir. Cada 2 ó 3 kilómetros, tenemos que repetir la misma operación. Como el agua encharcada no es potable, procuro apretar entre los puños arena mojada, que me alivia algún tanto de la sed. Cerca de las dos de la madrugada llegamos de nuevo al río Yasa, pero mientras tanto ha llovido en las cabeceras de dicho río y viene ya casi desbordado. El nivel del agua alcanza casi 3 metros en lo más profundo. Es imposible el paso con la camioneta. No hay más remedio que esperar a que descienda el nivel de las aguas. Todos se acomodan como mejor pueden sobre la carga. A las dos indiecitas y a mí nos ceden la cabina como más defendida de la plaga, que nos acribilla. Y a esperar que amanezca. Intento buscar una posición para poder descansar, pero no acierto a compaginar dos cosas casi imposibles, defenderme de la plaga y al mismo tiempo encontrar un poco de aire fresco que apague el calor que me devora. Después de varios intentos y con la cabeza y las manos abrasadas por las picaduras, decido por fin abandonar la cabina, con lo cual quedan también algún tanto aliviadas las dos indiecitas que calladamente soportan las mismas molestias. Yo no resisto más la sed y el hambre y en uno de mis paseos de la camioneta al río tomo, con las dos manos, un poco de agua sucia y la bebo, tranquilizando mis temores con aquello de que "agua corriente no mata a la gente". Cierto que no me mató, pero al siguiente día no dejó de producir sus efectos con las consiguientes molestias. Viajan con nosotros cuatro personas más, todos ellos obreros. Más avezados a estas peripecias, duermen como unos benditos, mientras que yo, como un Don Quijote, estoy haciendo vela a la luna que brilla llena en un cielo despejado. En medio de todas las molestias, el grandioso reposo de la Naturaleza resultaba un eficaz sedante para mis nervios. Pienso en Cristo Rey universal y en el día en que la Tierra vuelva a ser otra vez el Paraíso, y en estos pensamientos amanece. Mis compañeros se van desperezando y las aguas del río nos ofrecen el tan apetecido refresco mañanero. Con gusto me hubiera dado un baño, siguiendo mi costumbre, si me hubiera encontrado solo y en sitio conocido. El nivel ha descendido casi 1 metro. La camioneta, según cálculos de los especialistas no podrá pasar hasta después de medio

día. En la ribera opuesta hay una barca, pero está sujeta con un candado a un madero de la orilla. Si hubiera estado solo me hubiera decidido a pasar; pero, ¿qué hacer con las dos indiecitas? No queda otro remedio que esperar en la Divina Providencia. Mientras tanto aprovecho el tiempo recibiendo unas lecciones de lengua yukpa. Saco de mi bolsillo un cuadernito de frases que me ha prestado Fr. Marcos de Yudego, que por lo que hasta ahora he podido apreciar ha sido el misionero que más ha penetrado en el alma y en la lengua de estos indios, y con él en la mano voy comprobando la exactitud de sus transcripciones y al mismo tiempo intentando hacer algo de gramática. Saco como conclusión un conocimiento más claro de las diversas maneras de utilizar los pronombres interrogativos. Mientras estaba en estas disquisiciones filológicas, se acercan a nosotros dos mateleros, caballeros en sendas cabalgaduras, que intentan atravesar el río en nuestra misma dirección. Nos ofrecen sus bestias para que podamos también nosotros atravesar el río. Hago que pasen antes a mis indiecitas y después monto yo también a caballo; a pesar de lo fuerte de la corriente, tan crecida que llega casi a cubrirle del todo llegó a conseguir la otra banda del río, no sin haberme llevado una buena mojadura. Al fin nos encontramos con el camino abierto hasta Machiques. Llegan dos camionetas de Machiques y después de descargar se aprestan para el regreso. Aprovechamos su partida y cerca de las diez de la mañana hacemos nuestra entrada triunfal en la villa. Veo por las calles banderitas con los colores de la bandera pontificia y pancartas en las que con grandes letras se lee: **"Cristo es nuestro Rey y su amor es nuestra ley"**. Bendigo interiormente al celoso párroco de estas buenas gentes y a las Hermanas del Colegio del Carmen y al verme lleno de barro y coronado de las señales que han dejado los mosquitos hago emocionado una exégesis que aplico sin dificultad a mi vida misionera.

Dejo las indiecitas en el Colegio de las Hermanas y me preparo para celebrar la santa misa en la capilla que aquel día está de gala. Cada frase de la misa tuvo para mí un sentido más "pleno" que nunca. Al despedirme de las Hermanas, algunas de ellas fervorosas navarras, brotan expontáneamente de mis labios aquellos versos: **"Por Dios, por la Patria y el Rey"**; pero añadiendo la siguiente glosa: — **Sí, pero el de arriba.** Y mientras atravesaba la plaza de Bolívar, continuaba resonando la música en mi interior: **"lucharon nuestros Padres... lucharemos nosotros también"...**

Al entrar en nuestro "cuartel general" y contar a mis hermanos mi pequeña historia salieron a relucir otras mucho más gloriosas que la mía. Hacía pocos días la mula de marras había revolcado y pateado por tres veces al pacífico P. Prudencio de Santelos, mi primer profesor de misionología práctica en la Misión. Después de todo estas mis primeras aventuras van contadas para cumplir en algo aquel precepto: **"Luzca vuestra luz delante de los hombres..."** Y aquí yo quisiera poder terminar como S. Juan: **"Estas cosas han sido escritas para que creais que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo en él tengáis vida en su nombre".**

Los Angeles del Tucuco, 16 de noviembre de 1955.

Fr. Adolfo de Villamañán, Misionero Capuchino.

Misioneros Seglares en el Caroní



ENRIQUE DEL RIO DEL POZO, Misionero Seglar, quien pasa unos días en Caracas después de dos años largos en la Misión del Caroní.

Enrique del Río del Pozo es un Misionero Seglar venido de España hace dos años largos y que ha trabajado desde entonces en la Misión del Caroní al lado de los Padres Capuchinos y Hermanas Franciscanas. Suponiendo que puede proporcionarme noticias interesantes sobre su estancia y labor en la Gran Sabana, le hago algunas preguntas para informar luego a los lectores de "Venezuela Misionera".

—Tengo entendido que es usted un Misionero Seglar venido de España hace algunos años...

—Sí, pertenezco a la A.M.S., **Asociación Misionera Seglar,** que nació en Vitoria de España en 1948. Su fin es fomentar entre los seglares el espíritu misionero hoy tan necesario, o dicho de otra manera, llevar la Acción Católica a las Misiones, para que el reino de Cristo llene cuanto antes toda la Tierra.

—¿Y a qué se debió que usted viniera precisamente a Venezuela?

—Monseñor Constantino Gómez Villa, Vicario Apostólico del Caroní, pidió un Agrónomo o Perito Agrícola a nuestra A.M.S. La Directiva me lo comunicó a mí y ya no puedo decir otra cosa sino que Dios dispuso los acontecimientos de suerte que fuera yo el escogido.

—Desde su llegada a Venezuela, ¿estuvo siempre en tierras de misión?

—Siempre, hasta estos momentos en que con gran pena de mi alma he tenido que dejar la Misión para venir a Caracas a varias consultas médicas y a sufrir probablemente alguna operación.

—¿Ya sufría usted algo antes de venir?

—Nada absolutamente. Mi salud era envidiable, de categoría diría yo, por lo que pude resistir estos dos años largos en las duras labores que se me asignaron... Ya veo en sus gestos que extraña lo que le digo, pero haga usted cuenta que cabalgaba a diario de ocho a diez horas, sin apenas descansar nada en algunos días..., y esto que es duro para hacerlo de cuando en cuando, resulta demasiado fuerte a diario para que el organismo no se resienta a la larga.

Si añade a lo dicho que mi comida era con frecuencia en frío: sardinas en lata o carne también en lata, comprenderá que pudo ser esta la causa principal de mis desarreglos intestinales y de otras dolencias que no creo necesario mencionar. El hastío por esta clase de comida me llegó a ser tan grande que prefería en ocasiones pasar con un poco de casabe o de fariña, lo cual resultaba un puro engaño para el estómago por la falta de alimento... La temperatura, por otra parte, los frecuentes aguaceros que me cogían muchas veces al descampado, la humedad encima durante horas, el trabajo fuerte que era de suma necesidad hacer... todo ha influído sin



Niños y niñas de la Gran Sabana aprenden el Catecismo de labios del Misionero Seglar.

duda en el debilitamiento de mi salud.

—Pero es una pena que haya enfermado tan pronto, cuando tanto hubiera podido rendir en la Misión...

—No sé qué responderle a eso, porque si bien es cierto que lo he sentido, no lo es menos que mi labor principal está ya en marcha y que ahora los que me sucedan —los mismos Padres por el momento y enseguida los dos nuevos Misioneros Seglares que van a llegar— no tienen sino seguir el plan ya trazado. Por lo demás, aunque mi salud se haya resentido, doy por bien empleados mis esfuerzos a favor de las almas y agradezco a Dios haberme dado esta oportunidad de trabajar en punto tan delicado. Alguien tenía que pagar el noviciado o las dificultades del principio.

—¿Y cuál fue su labor durante este

tiempo?

—La primera en los comienzos conocer a los que me rodeaban y ganarme sus simpatías para hacer luego mejor apostolado. En lo material me ocuparon la agricultura y sobre todo la ganadería, que es la que sostiene principalmente la Misión de Santa Elena con sus 75 niños indígenas internos, más los Padres Misioneros y Hermanas Misioneras que los educan. Mucha ayuda económica es lo que principalmente necesitan aquellas tierras, donde después de varios ensayos que hice en agricultura obtuve algunos buenos resultados.

—¿Cómo encontró aquello cuando llegó?

—La parte espiritual muy bien, no obstante que hay caseríos distanciados de la Misión como seis y ocho días de camino; ello me demostró la magna labor desarrollada por los Padres Capuchinos y Hermanas Franciscanas. Pero la parte material, que propiamente no les toca a ellos, me pareció bastante deficiente, pues con frecuencia las reses del hato morían o desaparecían.

—He oído hablar de tigres en aquella región de la Gran Sabana, ¿atribuye acaso a ellos la pérdida de esas reses?



También cuidando el hato y pasando un rato entre las gallinas se hace magnífica labor en pro de las Misiones. Algunas de las faenas que a diario ocupan a los Misioneros Seglares.

—Para mí la causa principal está en la falta de pastos apropiados. Da lástima ver morir a las vacas por no poder alimentar a sus crías y esto ya en el primer parto. También las culebras causan muchas víctimas, pues sin verlas pican y el ganado aparece luego muerto. El tigre también es nuestro enemigo, aunque a éste es ya más fácil perseguirle y con la ayuda de los perros hasta matarle en ocasiones.

—¿Se vió alguna vez en peligro de estos animales?

—Sí, dos he matado; pero sobre todo una vez me encontré frente a frente de un magnífico ejemplar, que me acechaba tras de una piedra junto a la vereda por donde yo tenía que pasar. Al acordarme de esto yo no puedo dudar que Dios tiene una Providencia especialísima de los suyos, de otro modo la vida del Misionero sería imposible y yo a la hora presente no estaría contando esto. En cuanto a las serpientes, han sido incontables las veces que, calzado y también descalzo, he pisado junto a sus peligrosas cabezas. Si quisiera detallar casos, estoy seguro que los lectores de "Venezuela Misionera" se admirarían de los muchos peligros en que me he visto y de los cuales sin embargo me libró siempre el Señor.

—¿Cuánto tiempo piensa estar en Misiones?

—Mi compromiso fue por cuatro años y ciertamente que lo quisiera cumplir... Ahora, cuánto vaya a estar todavía, sólo Dios lo sabe. También los dos nuevos Misioneros Seglares que llegarán en breve vienen con cuatro años de compromiso, aunque uno de ellos me decía en su última carta que lo del tiempo es lo de menos, pues él está dispuesto a seguir hasta cuando los Superiores lo dispongan.

—¿Tenía algún sueldo en las Misiones?

—Los Misioneros Seglares hemos trabajado hasta la fecha sin sueldo alguno fijo, siendo los mismos Vicarios Apostólicos los que se encargan de darnos alguna gratificación según nuestras necesidades más perentorias. Pero aun a esto tenemos en ocasiones que renunciar por ser las Misiones de ingresos tan limitados, que nos causa pena recibir una limosna de quienes son tan pobres como nosotros. Creo llegará el día en que los Gobiernos se darán cuenta de la magnífica labor de los Misioneros Seglares y entonces nos tendrán en cuenta para darnos algún sueldo, como lo hace el Gobierno del Perú con los que llegaron a sus Misiones.

Por lo demás, nuestra Asociación tiene en proyecto una casa de retorno, donde podamos pasar el resto de nuestros días, al regresar de Misiones tal vez enfermos, acaso ancianos...

—¿Usted es soltero o casado?

—Aunque los más que hasta ahora han venido a Misiones son casados, yo no lo soy. Hasta venir a Venezuela, vivía con mi madre y seis hermanos, todos menores que yo, de los cuales era como el padre, pues murió de joven el que lo fue de verdad de todos.

—Ese arrancarse de sus seis hermanos de los que era usted el mayor y de su señora madre viuda, tuvo que serle un sacrificio muy grande...

—Lo fue de verdad, ¿para qué negarlo? Aunque uno se sienta llamado por Dios, El mismo nos dió un corazón para amarnos unos a otros y con predilección padres y hermanos. Por esto el momento de la despedida resulta siempre algo desgarrador, siendo el pensamiento de trabajar por las almas y de la gloria de Dios el único que en esos momentos nos puede sostener.

Sin embargo hoy vivo satisfecho por haber trabajado en Misiones y porque el Señor me trajo a una nación a la que, aún antes de haberla conocido, amaba con predilección a otras. Por esto mismo, si después de operado quedo bien, volveré a Misiones; si ya la salud no

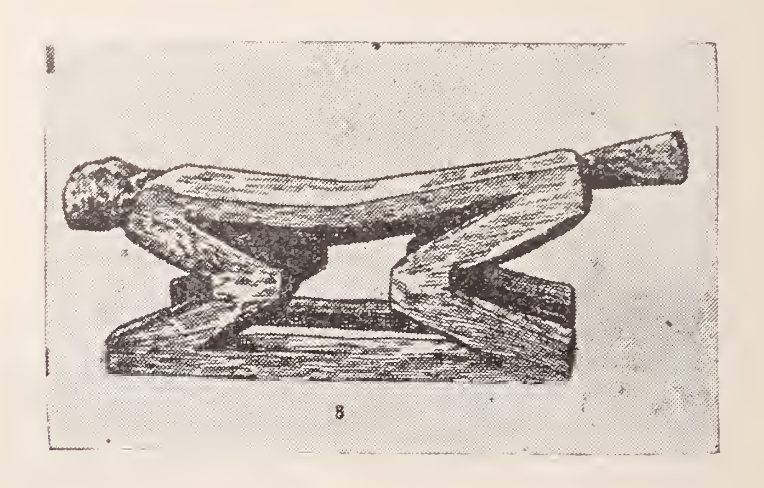
me ha de acompañar en adelante sino a medias, me ofreceré todavía a las Misiones para una labor más suave; y, en fin, si he de volver a mi Patria, España, inutilizado, quiero llevar conmigo dos magníficas pieles de tigre como recuerdo de las emocionantes escenas en que vi en peligro mi vida y de las cuales sólo salí ileso por la gracia y bondad del Señor...

—Le veo visiblemente emocionarse con lo que me está diciendo, y sin embargo quiero hacerle una última pregunta, que podrá parecer a usted menos importante, pero que lo es para los que desde Caracas queremos ayudar eficazmente a las Misiones. La Orden Tercera Franciscana, establecida en esta Iglesia de las Mercedes, pasa sus días confeccionando vestidos para los indios, que manda luego a las Misiones del Caroní y de Perijá-Guajira. ¿Juzga usted que es práctica esta ayuda en nuestros días o sería preferible otro sistema de cooperación?

—¡Oh, magnífica idea! Vea qué coincidencia: cuando me despedía para venir a Caracas, **lo único que me pedían las indias fue ropa, pero mucha ropa buena y bonita...** Si lográsemos anviarla, el sacerdote indígena Padre Lucio Fierro, que allí, en Santa Elena reside, sabría distribuirla debidamente, ya que él, como nadie, sabe las necesidades de sus hermanos de raza, de los cuales es muy querido y respetado.

—Me alegra mucho esta noticia, y yo le prometo, en nombre de la Orden Tercera de las Mercedes, que seguiremos trabajando con nuevo interés en nuestro Ropero misional y que si usted regresa pronto a Misiones irá bien provisto de ropas para los indígenas de la Gran Sabana.

Fr. Cristóbal de La Puebla,
Ofm. Cap.



Carta de un Misionero

(A los misioneros de Tucupita)

Un fino sobre de avión
me ha llegado al mediodía:
una fraterna alegría
y una soñada ilusión.

¿Y viene? De Tucupita.
Yo la abro con el misterio
con que un niño grave y serio,
deshoja una margarita.

Me la escribe un misionero,
que ya desde colegial
tuvo aires de caballero
medieval.

De gravedad castellana
y barba a lo Cid, bellida,
marcaba recia su vida
como un surco en la besana.

Nadie pudo adivinar
los sueños con que soñaba
y su corcel galopaba
por los caminos del mar.

Hoy su vasto corazón
con paso firme avanzando,
lo han ido ya conquistando
los indios de la Misión.

Y es que, a través del perfil
fosco y moreno de hombría,
qué bien se le descubría
su grácil alma infantil.

Ya no me habla, cual me hablara
en otros tiempos, de rosas;
hoy "sus cosas"
son el río y la curiara,

una iglesia, un hospital,
y hasta un bello serradero.
También serrando un madero
se hace labor misional.

Y aún queda al anochecer,
al terminar la faena,
la hora apacible y serena
para pensar y leer.

Y yo desde la meseta
castellana,
le respondo a esa alma hermana
de caballero y poeta:

"Que el Señor de las bondades
bendiga esas heredades,
que riegas con tu sudor;
y que florezcan por mayo
en las almas, en las flores,
tus misionales amores
con San Francisco de Guayo".

P. Sotiello, O. F. M. Cap.

Salamanca, diciembre de 1955.



VIÑETAS MISIONALES

"Pedernales, Pez del Diablo"

Larga, muy larga había sido mi jira apostólica por los caños Tucupita, Cocuinita, Macareo, Cairina y Capure, visitando los indios guaraúnos que viven en esas rancherías del Bajo Orinoco.

Mis comidas y bebidas durante mes y medio largos fueron al estilo indio, es decir, alimentos mal condimentados y agua sucia y sin filtrar. Pero como "todo se acaba en este mundo y lo que se acaba es breve',' no debiendo dársele mayor importancia, me consolaba diciendo:

"Dentro de pocos días estaré en Pedernales, pueblo generoso y hospitalario, donde me repondré de mis trabajos y penalidades sufridos entre los pobres guaraos".

Pero el Señor, que todo lo dispone bien, llevó las cosas por otro camino muy distinto del que yo me había imaginado; y aun que ningún alimento faltó al cuerpo, no escasearon los bocados amargos para el alma.

Al segundo día de permanencia en Pedernales, ciertos individuos irrespetuosos y groseros me echaron por la ventana una carta indecente y soez llena de insultos e infamias. Pude enterarme de los autores del inmundo papelucho por el monaguillo, que los vió y me dió todas las señales.

Nada hice en mi favor; preferí callarme y sufrir en silencio aquellas ofensas, de acuerdo con las normas de la mansedumbre cristiana; se lo ofrecí a Dios y a su bendita Madre. Algunos me aconsejaron que marchase y los dejase sin fiesta; pero el buen criterio aconseja en tales circunstancias no castigar a todo un pueblo por las malas acciones y fechorías de algunos de sus moradores.

—Esta es la paga, me dije, que recibimos en la tierra los Misioneros católicos, que dejamos la familia y la patria y nos internamos en la selva y aguantamos sol y lluvia, hambre y sed, plaga y paludismo con otras muchas penas y calamidades...

Digo sinceramente que el lance desagradable del papelucho no causó en mí desaliento alguno, antes bien me ofrecí nuevamente a Dios para vivir y morir en la selva olvidado de todos y sonreído sólo de los ángeles. Besé mi Crucifijo de Misionero, apreté mi rosario fuertemente entre las manos y aquella noche, sobre todo, lo recé muy devotamente, mientras cantaba junto con los **misterios dolorosos** aquellas inmortales estrofas de nuestro Valbuena:

Héme a tu rosario asido,
no me quiero desasir,
ni lo tendrás en olvido;
con tu rosario he vivido
y con él quiero morir.

Tu rosario me defienda
en la postrera contienda
con el enemigo audaz;
él me sea dulce prenda
de la venturosa paz.

Siempre con ferviente anhelo
buscan mis manos sedientas
en tu rosario consuelo;
haz que me sirvan sus cuentas
de escalones para el cielo.

Pasen sartas con presura
mis manos debilitadas;
luego inmóviles y heladas
vayan a la sepultura
en tu rosario enredadas.

Divina gala del cielo
de Dios augusto sagrario,
mi esperanza y mi consuelo;
llévame, Virgen, al cielo
prendido de tu rosario.

Y el último día, el día de mi partida, me aconteció otro episodio más canallesco todavía de parte de los obreros de las Compañías Petroleras, quienes a mi salida de la población me vitorearon con gritos, risas e insultos de toda clase, agotando el vocabulario callejero.

Mientras tanto, caminaba yo silencioso, aguantando aquellas andanadas y pensando que aquellos hombres, venidos de tantos lugares o países, no parecían venezolanos, ya que éstos, por lo general, suelen ser respetuosos con el sacerdote.

Y me acordaba, para consuelo mío, de una anécdota curiosa que refieren los cronicones deltanos del capitán Gudiño, en parecidas circunstancias el cual, visitando en cierta ocasión a Pedernales, en vez de agasajos y atenciones, no recibió sino risitas, frialdad y descortesías, al menos de cierto sector de la población; y luego preguntado por sus amigos qué tal le había parecido aquella gente, contestó graciosa y despectivamente: "No me digan, no me digan. Pedernales, pez del diablo", aludiendo a los ricos yacimientos de petróleo allí existentes, cuyo producto negro y pegajoso se parece mucho a la pez.

Yo, por mi parte, teniendo en cuenta la negrura de aquellas almas que me obsequiaron con insultos y groserías, pude repetir con toda verdad:

"No me digan, no me digan; Pedernales, pez del diablo".

Fr. Angel Gaspar,
O.F.M., Cap.

DONATIVOS Y BAUTIZOS

Una persona que no dió su nombre, para nuestras Misiones, Bs. 30.

María de Hernández para bautizar dos indiecitos con los nombre de **Pedro José** y **María de Lourdes**, Bs. 10.

Otra persona amante de las Misiones para el bautizo de dos indiecitos con los nombres de **María de Jesús** y **María Teresa**, Bs. 10.

El Asilo de Ancianos de La Providencia, de Caracas, para bautizar 5 indiecitos, Bs. 25.

Sra. Petra Abigaíl de Golding, de la V.O.T., Bs. 120 para 24 bautizos en Santa Teresita de Kavanayén con los nombres de los **doce Apóstoles** y los **doce Discípulos** de N. P. San Francisco.

Dicha señora agradecería al P. Superior de Kavanayén un retrato de sus ahijados para conocerlos, rogar por ellos y mandarles sus regalitos de cuando en cuando. De momento les envía un trajecito para cada uno.

Muchas gracias a todos y que Dios se lo premie con bendiciones desde el cielo.



Retablo de mi Vida Misionera

Por el Padre Basilio Ma. de Barral

MI PRESENTACION...

Antes que te engolfes en la lectura de la sección que hoy comenzamos, quisiera, lector benévolo, hacerte mi propia presentación, ya que otro no querrá o no podrá hacérmela. Me mueve a ello, entre otros motivos, el presuponer que no te causará desagrado, sino todo lo contrario, conocer de antemano a quien ha tenido la corazonada de escribir estas cosas para que te sirvieran de solaz.

Te diré primeramente quien soy; y, luego, pondré a tu vista los rasgos más destacados y representativos de mi personalidad psicológica y de mi mundo interior.

¿Quién soy? Si de tiempo atrás vienes leyendo Venezuela Misionera, recordarás, sin duda alguna, al travieso Fray Marino, quien hace un montón de años pasó por estas mismas páginas, exhibiendo sus brazadas de pungentes espinas, así como también sus mazos de silvestres florecitas, todas ellas de perfume agreste y recio, cortadas unas y otras en los campos de nuestras Misiones.

Fray Marino a quien desde hace años se le presuponía muerto, reaparece hoy redivivo y pimpante en estas páginas, ya que el frailecico nauta de marras y quien esto escribe han sido siempre una misma persona desde el vientre de nuestra madre.

A renglón seguido te relataré la metamorfosis por él sufrida hasta el día de hoy. Es posible que te resulte sugestiva, ya que no del todo interesante.

Como Fray Marino desapareció del horizonte de la noche a la mañana sin decir tus ni mus, igual que una estrella que se apagara en el cielo, los comentarios sobre el caso se multiplicaron a raíz del suceso entre la gente ociosa y desocupada, opinando cada quien conforme a sus ideas preconcebidas o bien, de acuerdo con el color del prisma con

que acostumbraban mirar los acontecimientos.

Así, mientras los de más acá sostenían que se había muerto de diastolitis aguda, los de más allá juraban por la Kaaba de la Meca que se lo habían enterrado vivo. Ni faltó quien jurara y perjurara por la doble cabeza y la corona del BURE ARAOBO (1) o Rey Zamuro, que se hallaba en alguno de los astros más próximos a la tierra, ya que era opinión que dos marcianos lo habían arrebatado por esos aires, embarcándolo en uno de sus platillos voladores.

No dejará de sorprenderte un poco la noticia de que ya por aquellas remotas calendas estuviera de actualidad la tesis relativa a las excursiones de los hijos de Marte. Sin embargo esa era la verdad.

Y para que mejor te convenzas, me tomo la libertad de referirte (rogándote que no lo tomes a risa), que ya por el año 1930 (si mal no recuerdo), circuló por la Península Ibérica la noticia bomba de que una comunicación cifrada, procedente de Marte, había caído en las Ramblas de Barcelona (España), envuelta en un número del Correo Catalán. Y otro socarrón que estaba a mi lado cuando me referían la novedad, me sopló en voz bajita al oído, que otro mensaje semejante había caído también en medio de la Plaza Elíptica de Bilbao, envuelto en uno de los periódicos editados en la Villa Invicta, titulado **Euzcadi**. ¡Vaya! La cosa era para morirse de risa hasta los peces y toda la mar: pero era de actualidad.

Del testimonio de aquellas envolturas de los mensajes marcianos se colegía otra novedad más sorprendente, a saber, que antes de que los de arriba enviaran a la tierra su primer saludo, ya algún paisano de Don Quijote había remontado hasta aquellas altitudes en las ancas de algún alígero Clavileño. ¡El eterno Don Quijote descubriendo mundos! Primero América; ahora, Marte...

Y como eran catalanes y vascos, se explica que entre los fardos de tejidos y los cajones de hierros que arriba dejaron como fianza de preferencia comercial para cuando se normalicen las comunicaciones entre los dos planetas, se les quedasen, tal vez con toda intención, los susodichos periódicos.

Pero volvamos a Fray Marino. Este, guasón como él solo, que aun durmiendo deja, como las liebres, los oídos atentos para captar cuanto en torno de él se runrunee, oía sin chistar ni soltar prenda, los comentarios referentes a sus exequias presuntas con una sonrisa socarrona y de cierta inefable conmiseración a flor de labios. Y como la "descarnada de la guadaña" jamás le ha hecho pizca de gracia, mientras oía doblar la posa por él, bendecía a Dios por lo bajo por encontrarse todavía de este lado de acá, en la región de los vivos, dispuesto, nada menos, a mandar delante de sí a muchos de aquellos contertulios perjuros, antes de que a él le llegara su turno.

Refiriéndonos ahora concretamente al eclipse total de Fray Marino, diré que su explicación es elemental y sin complicaciones. Su dedicación total a estudios de más envergadura, tales como la investigación filológica y la etnográfica en sus variados aspectos folklóricos, le absorvieron de suerte tal el precioso tiempo, que no le quedó disponible ni el preciso para toser tres veces seguidamente sin verdadera necesidad. Y como las florituras aquellas en que se entretenía para sostener la sección permanente **"Flores y Espinas"** en esta revista, eran como un sumidero por donde, sin hacer ruido, se le escurrían los segundos y minutos que necesitaba para los menesteres referidos, creyó lo más acertado cortase de una vez la coleta, como así lo ejecutó; y acto contínuo, como era lógico, abandonó el ruedo. Desde entonces en los carteles de "Venezuela Misionera" no volvió a figurar su nombre.

Pero a medida que los años pasaban, se iban solucionando los problemas y rellenando los baches; y también los cabellos del nauta, un día cortados al rape, vinieron creciendo, como los de Sansón. Y aquí lo tenéis de nuevo en el ruedo con toda su pelambre recuperada, mismamente como uno de los melenudos acayenos que sitiaban a Troya.

Ahora bien. Cuando en aquellos años que ya no volverán, escribía Fray Marino con la ilusión y el garbo de la juventud florida, era un casi zagal, en cuyos cabellos difícilmente se barruntaban ni asomos del color propio de los altos años, cumbres siempre coronadas de blancores níveos.

Después, como alada posta, fue corriendo el tiempo. Y a medida que las ráfagas de los años se sucedían, dejando caer sobre las alocadas cabezas de los humanos en sazón diminutos grumos de blanca cellisca, el negro azabache de su tonsura franciscana y de los recios cañones de sus cabellos rasurados fue perdiendo su tono mate primigenio; y la nevada de la canicie se ha precipitado tan de prisa, que, de no detenerse, toda su cabeza no tardará en aparecer más blanca que una maceta de margaritas en plena floración.

Viniendo al seudónimo, sobre el cual tampoco han faltado sus comentarios discrepantes, debo dejar sentado que Fray Marino prefirió el suyo porque, querámoslo o no, marineros somos cuantos a través del mar de la vida hacemos nuestra singladura, sin retorno, hacia el más allá...

Además, Fray Marino ha sido siempre un enamorado del mar, como lo ha sido y sigue siéndolo de los ríos como mares, de esos que tienen la otra margen allá, tan lejos, que difícilmente se divisan los árboles que la bordean. Y si esos ríos son turbulentos y arrebatados le agradan todavía más. En cambio, le hacen poca gracia los riachuelos mansurrones; y jamás le han interesado los espejeantes lagos, por pintorescos que sean.

La razón está en que a Fray Marino le gusta la vida, y la vida es movimiento. Lo pasivo, lo estático le trae el pensamiento de la muerte. A la vista de un objeto sin movimiento, sea persona o cosa, se le mete en la cabeza que de un momento a ocho va a verlo cubrirse de musgo, como las paredes de las casonas arruinadas, en las que el movimiento ha cesado por abandono de sus dueños, o carcomerse de polilla, como las ropas viejas arrumbadas y sin uso.

Adentrándonos ahora un poquito más en el mundo psíquico de Fray Marino, observaremos que lleva consigo un temperamento un tanto romántico y soñador; aunque los sueños de Fray Marino, sean los que tiene dormido, o bien los que tiene en vigilia —ya que es también de los que sueñan despiertos—, siempre hacen referencia a algo real o hacedero. La quimera y lo irreal están reñidos con su gusto estético.

Y pues que de gustos estéticos hemos comenzado a hablar, aprovecharé para decir con respecto a Fray Marino que aunque lo que los modernos literatos han dado en llamar "tremendismo", jamás le ha hecho gracia, siente predilección por los temas de tipo heróico y duro; no de los fantásticos y descabellados, como los que a su manera resolvía el paranoico Don Quijote, sino de los que resolviera de haber estado de acuerdo con el juicio práctico de su escudero.

La verdad en el caso Fray Marino es ésta: Viven en él, combinados, los dos "contrastes", amo y mozo, Don Quijote y Sancho, predominando por veces aquél, y la mayor parte, éste último. Uno y otro van del brazo, aunque montando cada cual su acémila respectiva, uno el rocín, nervioso y encalabrinado por momentos; otro el rucio, de lento andar, imitando al pensativo, que parece va contando los pasos que dá; pero sin que la diferencia de cabalgaduras signifique rigurosamente superioridad de ninguno

(Pasa a la pág. 26)

1942: UN AÑO DE ANDANZAS MISIONALES

Al terminar la publicación de las "Relaciones Interesantes de la Gran Sabana", con que durante varios años nos instruyó y deleitó el R. P. Eulogio Mª. de Villarrín (alias Ekaremenín), me pide el Director de "Venezuela Misionera" que ocupe el sitio vacío y quiera relatar algunas otras peripecias misionales más, que sean a la vez amenas e instructivas.

Y, aunque viví algún tiempo en el Bajo Orinoco y mi primera intención fue escribir algunas cosas de las tierras detanas, al recordar que en este año se cumplen los 25 de comenzadas las misiones en la región del Alto Caroní (vulgo Gran Sabana), me he decidido por ésta última. Con ello, a la vez que trato de complacer al P. Director de Venezuela Misionera y a sus lectores, quiero rendir un homenaje de gratitud y cariño a los Indios Pemones, a quienes si algo dí, mucho más les debo intelectual y espiritualmente. Si yo me di a ellos, ellos se me entregaron como el vaso de vino generoso, que robustece y alegra a quien lo bebe.

No os diré mi nombre; ni os preocupe saberlo. Este relato pudo ser escrito por el P. Nicolás de Cármenes, que abre la marcha y fundó la primera Misión en Sta. Elena; por el P. Maximino de Castrillo, que le sigue; por el P. Eulogio de Villarrín o el P. Cesáreo de Armellada, que llegaron allá a comenzar la segunda Misión, que se llamó San Francisco de Luepa; por el P. Baltasar de Matallana o el P. Alvaro de Espinosa, que también anduvieron por aquellas tierras casi en los comienzos; etc., etc.

Escogí el año 1942 por los motivos. que irán viendo mis lectores; pero otros muchos años podrían haber sido presentados como muestras de la intensa vida de viajes y peripecias, que forman la red o trama de todas las fundaciones misionales de la Gran Sabana.

Si para todos los misioneros se escribieron aquellas palabras: "Bienaventurados los pies de los que anuncian el Bien y la Paz", para los que han evangelizado las regiones de la Gran Sabana, la bendición les viene de perlas. Y las palabras de San Pablo, "in itineribus saepe", bien podrían ser el marco de muchas actividades apostólicas, desarrolladas por los Padres Misioneros Capuchinos de Castilla en las tierras empinadas del Alto Caroní, tierras de los Indios Pemones.

I

Y ARRIBA EL TELON Y EN MARCHA

El año 1941, sus últimos soles mortecinos, se habían extinguido para mí en Caracas. Allí amanecieron también los primeros siete soles del año 1942. Las Navidades y el Año Nuevo transcurrieron con las alegrías de siempre; y entre lo típico e imborrable de aquellos días siempre vuelven a la memoria las misas de aguinaldo, las hallacas y las caraotas negras.

Aunque por el alivio de los calores hablamos de frío y de "hielitos", la diferencia es muy pequeña y no se habla de invierno, que aquí es sinónimo de lluvias o aguaceros, sino de verano, sequía, escasez de agua, quemas, guardarrayas, contrafuegos y polvo en las carreteras.

Por lo mismo, yo quise conocer Los Llanos en esta época de sequía y resolví hacer el viaje hacia la Misión del Caroní siguiendo este itinerario: día 7, por San Juan de los Morros, Ortiz y el Sombrero a Valle de la Pascua; día 8, por Tucupido, Zaraza, Aragua y Cantaura, a El Tigre; día 9, por la mesa de Guanipa y Pariaguán, a Soledad y Ciudad Bolívar.

Los campos gredosos de Los Llanos estaban imponentes por la sequía; nuestor autobús y los vehículos con que nos cruzábamos en los caminos viajaban envueltos en polvo exactamente igual a esos torbellinos de aire, que vulgarmente denominamos brujas. Aquí sí se

comprende que algún viajero pudiera tener la humorada y la posibilidad de aquel general árabe que ordenó le enterraran bajo el polvo recogido en cien batallas.

Una buena ducha al final de cada jornada (diríamos usando la metáfora de estas tierras "con un buen palo de agua") y con unos buenos palos propinados a los hábitos, sacudíamos el polvo exterior; pero el interior, el de los fuelles o pulmones, fue saliendo lentamente en los siguiente 15 ó 20 días.

En Valle de la Pascua me hospedé en casa de la Sra. Chucha de Sánchez Chacín, para quien llevaba recomendación especialísima del P. Antonino de Madridanos y saludos de un hijito suyo, que estudiaba en el Seminario Interdiocesano de Caracas. En Ciudad Bolívar nos hospedamos en el Colegio "La Milagrosa", que regentaban y regentan los Padres Paúles. De esta vez y de otras varias que por allí pasé, guardo en la memoria el nombre, la fisonomía y el grato recuerdo de las muchas atenciones: Padres Moral, Peña, Ubierna, Casado, etc.

Esta vez las atenciones fueron más porque caí enfermo con fiebres gástricas y un indio guaraúno, que me acompañaba desde Caracas, cayó enfermo de sarampión. Este indio, entregado hace años al Dr. Martín Araujo por el Superior de la Misión de Araguaimujo, regresaba a sus morichales hecho ya un bachiller. Total, que él por sarampión y yo fiebres gástricas, hubimos de permanecer en Ciudad Bolívar, la antigua Angostura, hasta el día 30 de enero.

Y para comenzar ya está bien; ya ven mis lectores que esto no es aquello de bañarse en agua de rosas. Las tortas y el pan pintado se quedaron en Caracas; por estas tierras del Sur ya comienzan los polvos, los lodos, los mosquitos y las fiebres.

Leer (y contar) estas peripecias es como coser y cantar; pero otra cosa muy distinta es pasarlo. Y porque no desconozco lo de "agua pasada no mueve molino", pido a mis lectores que, trasladándose de aquellos años pasados a los actuales, piensen en tantos misioneros que, a la hora en que yo escribo y Uds. leen tranquilamente estas crónicas, van dejando girones de su vida por los breñales de la periferia de nuestra Patria.

Fray M. I. A., Mis. Capuchino

(Continuará)

ESPINAS Y FLORES . . .

(Viene de la pág. 24)

sobre el otro, ya que dentro del mundo de Fray Marino reina la más depurada democracia y sólo manda quien sabe mandar, sin prejuicios ni miramiento a privilegios feudales. De suerte, digo, que si pudiérais observar su vida íntima, sorprenderíais más de una vez al hidalgo postrado de hinojos a los pies de Sancho, besándole las rechonchas manos; y a éste impartiéndole su bendición y sus órdenes, como en sus buenos tiempos lo hiciera con los insulares en la Barataria.

(Continuará)

Fr. Basilio Mª. de Barral
Mis. Cap.

Desde Perijá

Jira por los caseríos lacustres del Lago de Maracaibo

Navegando por el río Santa Ana

¿Son blancos los indios motilones?

Bien apertrechados de gasolina, potes de aceite lubricante, batería de repuesto, juego completo para el distribuidor y varios juegos de herramientas, salíamos de San José de Perijá, creyendo ir al fin del mundo en el "Microbio volador", nombre de nuestro jeep; un obrero colombiano nos ha pintado el camino más que infernal, y dos días completos viajando en vehículo motorizado.

Sin novedad llegamos al caserío San Felipe; aquí solicitamos la ayuda de un baquiano; nadie se presta a ello, alegando estar el camino intransitable. Un trabajador, con muy buena voluntad, nos pide papel y lapiz; intenta hacernos un croquis de la región para que nos sirva de orientación; muy agradecidos cogemos el plano compuesto de innumerables rayas distribuídas sin ton ni son, y decididos salimos en nuestro "Microbio volador".

Las rayas marcadas en nuestro papel quieren equivaler a distintos caminos que salen en todas las direcciones.

El camino que nosotros cogemos nos parece el mejor; a medida que vamos avanzando la vía se nos hace intransitable; un ciclón habido dos días antes. ha derribado innumerables árboles inutilizando el camino.

No obstante, nosotros no perdemos los ánimos; el P. Ismael que acaba de llegar de España, se ejercita por primera vez en su vida, partiendo palos con un machete prestado en un conuco cercano; el jeep tiene que hacer de tractor montando por encima de los árboles caídos y abriendo camino nuevo.

Con camino verdaderamente malo, continuamos nuestra marcha dos horas más. El jeep no puede seguir adelante; la cañada "San Carlos" nos niega el paso; en la hacienda "Los Jagüeicitos" nos proporcionan caballerizas; nosotros nos vemos obligados a pasar la quebrada, guardando equilibrio, por una estrecha maroma; lo mismo hacemos con las maletas del altar portátil.

Las caballerías las echamos a nado; aquí los zancudos son de "pronóstico reservado"; por el tamaño parecen avispas, y los aguijones afiladas agujas. Sin más novedad, llegamos al río "Guaco"; en una lanchita nos trasladamos navegando cinco horas a Laguneta, primer caserío lacustre de unos cien vecinos aproximadamente; después recorremos los caserios de San Isidro, Campamento, Ologá, Congo Mirador, Boca de Catatumbo y Las Doncellas, todos ellos construídos en lagunas.

Hemos vivido veinte días sin pisar tierra, "como los peces en el agua"; para trasladarnos de un ranchito a otro, hay que hacerlo en lanchitas o cayucos. En el caserio de Laguneta pudimos entrevistarnos con los tres últimos flechados por los Motilones en el río Santa Ana.

Escuchemos la siguiente narración hecha por Filintro Barboza: "Cuando me flecharon a mí, les ví a una distancia no mayor de ocho metros, y puedo asegurar que eran blancos, blanquitos", y continúa: "hace varios años que estamos navegando por el rio Santa Ana en busca de huevos de caimán; nosotros veíamos a los indios y los indios nos veían a nosotros, pero nunca nos lanzaron ni una sola flecha".



El jeep ante la necesidad tiene que hacer de tractor, pasando por encima de árboles y abriéndose camino por entre la maleza.



¿Un puente? No, los cimientos de la Iglesia de Laguneta. También estos habitantes del agua tienen derecho a que se les facilite el cumplimiento de sus deberes religiosos.

"Nosotros les dejábamos sal y otros corotos en las playas del río y los indios lo recogían todo. Desgraciadamente un día se nos acabaron las provisiones; sigilosamente nos acercamos a un conuco Motilón y sacamos varias plantas de yuca. No había transcurrido media hora, y los Motilones vinieron decididos a retarnos. Abandonamos las embarcaciones como pudimos para buscar refugio en la espesura de la selva.

Los resentidos indios en venganza, hicieron añicos a las lanchas con hachas y machetes que encontraron en ellas; nosotros con verdadero dolor escuchábamos los furiosos golpes.

Tres meses después volvimos de nuevo a nuestro trabajo de pesca; los indios nos reconocieron, sin duda; prepararon una emboscada y nos lanzaron una lluvia de flechas; mi compañero recibió dos flechazos, a mí me clavaron una en el brazo y en las lanchas se clavaron veintiocho.

El hijo de mi compañero flechado, meses después, en venganza, arribó a un conuco Motilón y cargó una embarcación de racimos de plátanos.

Los indios, fieles a su tradición de la época colonial: "Española la hace Española la paga", días después flechan a Renato Socorro y a Manuelito Soto, ambos vecinos también de Laguneta; ambos insisten también que los Motilones son blancos.

Podría contar otros muchos ejemplos similares a éstos, que tengo anotados en mi cuaderno de apuntes, pero sería alargarme demasiado.

Terminada nuestra jira por los pueblos del lago, regresamos de nuevo a Laguneta, caserío que se encuentra situado en la desembocadura del río Santa Ana. Solicitamos del comisario del caserío, una lancha rápida para subir Santa Ana arriba; nuestro deseo es ver con nuestros propios ojos "la faz blanca del Motilón". El joven que maneja la planta, alardea de "muy guapo" (muy valiente); pero se nota en él cierto nerviosismo; estuvo más de diez minutos intentando poner en marcha el motor, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. "Mira, compadre, le dije, tienes cerrada la llave de paso de la gasolina".

La lancha se desliza velozmente por las aguas tranquilas, pero profundas, del río Santa Ana. Millares y millares de aves parecidas a las gaviotas en escuadrillas bien formadas, cruzan el firmamento amenizando nuestra excursión; una serpiente de más de tres metros de largo se descuelga de un árbol y se lanza en las tranquilas aguas.

A nuestra vista está un caserío llamado "Manatíes", la primera vez que los Misioneros visitan este caserío por ignorarse su existencia; aquí contemplamos una lancha rápida atravesada por dos flechas Motilonas; bautizados los niños del pueblecito, contiuamos navegando otras dos horas más por el temido río Santa Ana. Nuestro compañero, el lanchero, nos advierte que estamos cerca de los ranchos Motilones; la temporada está lluviosa y no es fácil que los indios salgan de sus bohíos.

En los meses de febrero y marzo, época de los huevos de caimán, es fácil ver grandes grupos de indios Motilones en las playas del río Santa Ana.

Nuestro guía, no sabemos si por miedo o precaución, alegando falla en el motor y escasez de combustible, se devuelve río abajo hasta llegar a nuestro punto de salida. Respecto al color blanco de estos indios, es verdaderamente misterioso; en los frecuentes vuelos efectuados por los Misioneros Capuchinos para la pacificación de estas tribus, desde los aviones, con potentes catalejos, podía verse que los nativos de la Motilonia en el color, no diferían nada de las demás tribus de la sierra de Perijá. Los curtidos pescadores del Santa Ana, insisten que ellos han visto a los Motilones, y aseguran que son blancos; también en la última expedición efectuada por los Misioneros Capuchinos en la región de Río de Oro, al encontrarse frente a frente por sorpresa con tres indios bien fornidos, pudieron ver que eran blancos en realidad.

¿Cómo descifrar este misterioso enigma? Pudiera haber dos probabilidades para poder creer en tales afirmaciones.

Primera: Criollos disfrazados de indios para vivir del pillaje.

Segunda: Ungüentos vegetales para pintarse.

La primera probabilidad parece ciertamente descabellada, pues los bandidos criollos serían verdaderamente aventureros en grado superlativo por tener que afrontar con dos fuegos: el de los auténticos y bravos Motilones y el de los criollos pescadores.

La segunda probabilidad es mucho más aceptable y, quizá, cierta; así como los indios "Yukpas" de Perijá, con pinturas vegetales se pintan las caras de negro o rojo señal de pelea o fiesta, de la misma manera los moradores de la selva motilona pueden haber descubierto alguna planta o combinación de varias plantas que imite a perfección el color de la raza blanca.

Cuando los Misioneros Capuchinos hagan el ansiado y definitivo contacto con nuestros hermanos Motilones, entonces podrá descubrirse el misterio, la leyenda o la verdad del color de estos aborígenes misteriosos.

Fr. Marcos de Yudego.

Mis. Capuchino.

Cartas de los Indios

Araguaimujo (Bajo Orinoco) agosto 20 de 1955.
Rvdo. P. Director de "Venezuela Misionera".
Caracas.

Rvdo. P: El Señor nos dé su santa Paz, y la Sma. Virgen su amor.

Quiero dar principio a esta cartica con un saudo muy respetuoso y anticiparle el Dios le pague por el favor que le voy a pedir.

Como nosotras aunque somos indiecitas también tenemos sentimientos, le pido el favor de publicar en su revista Venezuela Misionera una cartica para la Muy Rvda. Madre Elena de Idocin, que ha sido muy buena con nosotras y con toda esta Misión y nosotras estamos muy agradecidas por una parte y muy tristes por otra, porque ya la quitaron de Delegada Provincial y seguramente ya no volverá a visitarnos.

Rvdo. Padre, que la Sma. Virgen le pague este favor que creo no me negará y se despide su afma. en Jesús y María que le pide la bendición.

Sixta Dorotea Beria.

Araguaimujo, agosto 20 de 1955.
Muy Rvda. Madre Elena de Idocin.
Caracas.

Querida Madre: El Señor nos dé su santa paz y nuestra Madre Inmaculada reine siempre en nuestros corazones.

Por las Hnas. supimos que a S. R. la han cambiado; nosotras sentimos. Hoy le escribo dándole las gracias por todo lo que hizo por nosotras; nunca la olvidaremos pediremos por S. R. Nosotras la queremos mucho. Como de costumbre, el domingo y el jueves la Rvda. M. Teresa puso el picot por la noche cuando estábamos en el dormitorio; entonces nos pusimos a llorar, porque nos acordamos de S. R.

Cuando nos dijo la Hna. María Paulina que a S. R. la habían cambiado para Valencia, yo supe la última porque a mí me tocaba la cocina; pero cuando supe me puse muy triste, porque ha sido muy buena con nosotras.

Pero ya le pagaremos con oraciones y le pediremos a la Sma. Virgen para que la haga cada día más santa.

Le cuento que ya ha subido mucho el río y mataron una culebra de agua que se había comido unas cuantas gallinas.

Muchos saludos para todas la Hnas. y para las niñas. Con mucho sentimiento me despido, porque ahora si quién sabe cuándo la volveremos a ver!

Su afma. en Jesús y María que la saluda en nombre de todas mis compañeritas y le pido la bendición.

Guillermina León.

Santa Teresita de Kavanayén, 13-9-55.
Venerable Hno. Angel de Pinedo.
Caracas.

Estimado y recordado Hno. Paz y Bien.

Hago esta para saludarlo y pedirle la bendición a la vez que unidos el cariño y la gratitud, vengo a darle las gracias por el obsequio que Ud. tuvo la amabilidad de enviarnos. Una vez más le doy las gracias.

Ahora. Hno. muy venerado, le contaré algo que nos ha dejado un recuerdo muy grato que nos acompañará hasta donde nos vayamos.

El 13 del corriente mes tuvimos un paseo formidable. ¿A que no se imagina, adónde?. Nada menos que a Chinaday. Como Ud. sabe este paseo estaba proyectado desde hacía mucho tiempo; pero nunca se realizaba ya por esto ya por

aquello. Hasta que un día de agosto llegan al aeropuerto de Kavanayén, de Caracas, dos Hnas. Franciscanas, por supuesto ambas profesoras de los nada menos que los colegios de "Guadalupe y San Antonio", llamadas Rvdas. Hnas. Consolación de la Trinidad e Isabel Teresa de San Francisco de Asís.

En honor de estas queridas Hnas. se hizo este gran paseo. Nada sabíamos pues estaba en secreto para darnos sorpresa. Un día a otro descubrimos tal secreto y qué emoción! Locas de alegría esperábamos este memorable día.

Al fin llegó, y al día anterior fueron los preparativos; era viernes y el sábado muy temprano íbamos a salir. La Rda. Hna. Elisa con toda su paciencia nos repartió el equipaje que cada una iba a llevar. Todas por supuesto buscaron "uayare" para llevar su hamaca o chinchorro, cobija y demás cosas comestibles. Estuvimos hasta las once de la noche, pues ninguna tenía sueño, ni las viajeras y ni las que se iban a quedar, pues aunque conformes estaban tristes.

Al día siguiente o día de la partida, nos levantamos a las tres y cuarto y al cuarto de hora estábamos todas en la capilla esperando la santa Misa oficiada por el Rdo. Padre Bienvenido, quien nos dió la santa comunión y todas con las cabezas bajas pedimos por nuestro buen viaje.

El muy venerable Fray Francisco hizo dos viajes hasta San Isidro con el "Jeep", primero llevando los equipajes, luego vino por nosotras. Los muchachos nos hicieron el favor de llevarnos los "uayares" hasta Chinaday, así que algunas fuimos aliviadas. Esto se lo agradecimos mucho, ellos no saben el favor grande que nos hicieron.

A las 5 estábamos subiendo la montaña que separa a Kanavayén de Chinaday. Esta montaña, como Ud. sabe, es algo malo; pero Fray Francisco lo mandó a arreglar con dos chicos del Internado. Gracias a esto la accensión no fue malo. Nuestra superiora es muy nerviosa con los puestes de palo y le costó por lo mismo pasarlo rápido como los demás. Hna. Consolación e Isabel Teresa eran maestras en caminar, así llegamos hasta nuestro destino.

Y no sabe Ud. al llegar a la casa nos esperaba un palo de agua que nos volvió sopas. Pero no crea que es sopa de fideos, sopa de mondongo.

Pasamos dos noches, pero qué noches! todas comidas por plagas y qué sé yo. Esto se olvidaba con risas y alegres cantos de las muchachas que no se dejaban vencer por plagas. Y con los chistes y cuentos de los Rdos. Padre Bienvenido y Fray Francisco que tuvieron la amabilidad de acompañarnos en el paseo. El buen humor de las Hnas. apesar de las inclemencias del viaje.

Dormíamos y nos levantábamos como los pájaros trinando. Todo era alegre unido intimamente con la naturaleza. El Sr. Nazario cuidaba del hato, nos presentó sus toros y vacas y becerritos, que pasaban sus noches al lado de nosotros.

Así, Hno. hasta regresamos a Kavanayén el día lunes, dejando con dolor a Chinaday. "San Conrado de Chinaday".

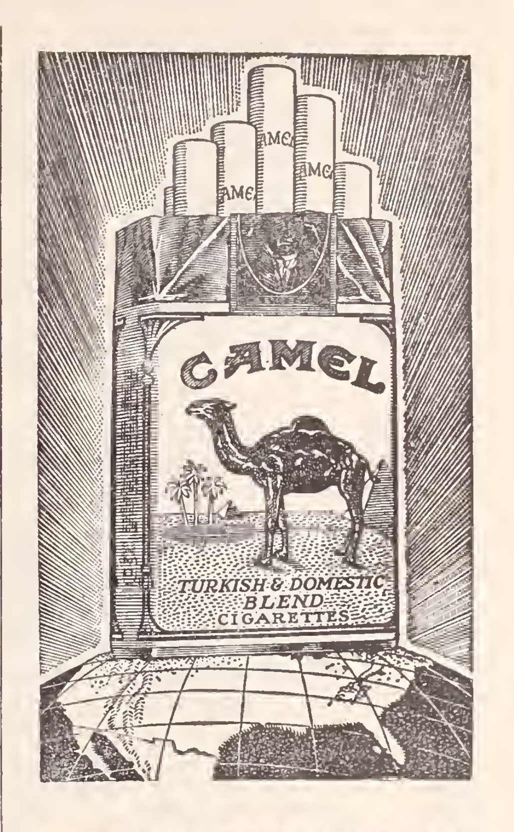
Al regreso trajimos a nuestra superiora la Rda. Hna. Elisa desde allá hasta San Isidro sin descansar, o sea 3 horas sin parar, caminando. Es mucho para ella ¿verdad?

Bueno. Hno., esto es todo; regresamos sanas y salvas y al llegar a Kavanayén dimos gracias a Dios delante del Santísimo al pie del altar.

El domingo celebramos la fiesta de nuestra Patrona la Vrgen de Coromoto con mucho entusiasmo; todos los presentes comulgamos fervorosos. Ahora estamos entusiasmadas con Santa Teresita que la tenemos cerca.

Bueno. Hno. Angel, hasta muy pronto quizá aquí o allá. Mientras tanto reciba mi más sincero saludo quien no lo olvida en Jesús y María.

Josefa Lanz.


CAMEL
TURKISH & DOMESTIC
BLEND
CIGARETTES


Coca-Cola

Un alto en la jornada



para reponerse
y refrescarse con

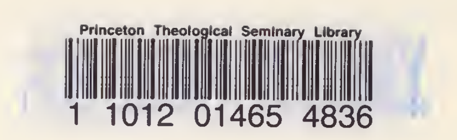
MILKAO

A base de cacao,
leche y azúcar



Milkao - Esterilizado

HECHO EN VENEZUELA POR TIP. VARGAS, S.A.


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 4836

